

do el gobierno atentó contra la independencia del Cuerpo legislativo! ¡si la habeis roto en 20 prairial del año VII, cuando el Cuerpo legislativo atentó contra la independencia del gobierno! ¡si la habeis roto en 22 floreal, cuando por medio de una ley inicua el gobierno y el Cuerpo legislativo pisotearon la soberanía del pueblo anulando sus elecciones! Violada la Constitucion que todos invocan y nadie respeta, se necesitan un nuevo pacto fundamental y nuevas garantías (1). Todo lo diré: desde mi regreso me he visto constantemente cercado de intrigas; todas las facciones se han precipitado hácia mí para atraerme á su causa respectiva; y precisamente los que se titulan los únicos patriotas me han dicho que era preciso prescindir de la Constitucion y me han propuesto la

purificacion de los Consejos por medio de la expulsion de los patriotas verdaderos. ¡Tal es su amor á la Constitucion (2)!» Ante estas manifestaciones, volvió á ponerse sobre sí la mayoría, que ya estaba á favor suyo, y adoptó de nuevo la actitud que se habia propuesto contra las violencias de la minoría.

Muy distinto fué lo que sucedió en el consejo de los Quinientos, donde Bonaparte no usó la palabra; y solo interviniendo con las armas en la mano pudo evitar que se le pusiera fuera de la ley. Inmediatamente despues del primer discurso, que pronunció uno de los iniciados en el golpe de Estado en pro de lo sucedido, estalló, á los gritos de: «¡Constitucion ó muerte! ¡Nada de dictadura! ¡Abajo los dictado-



Bonaparte en el consejo de los Quinientos

res!» una tempestad que el presidente, Luciano Bonaparte, no pudo apaciguar. En medio de la excitacion que allí dominaba, y á pesar del discurso presidencial, se acordó que todos los miembros fueran uno á uno llamados y prestaran juramento solemne á la Constitucion. Cuando, despues de terminada esta ceremonia, se presentó Bonaparte en el salon de la *Orangerie*, dejándose ver detrás de él las bayonetas y las gorras de pelo de sus granaderos, todos los diputados se lanzaron en masa contra él. «¡Cómo! gritóse de todas partes, ¡bayonetas, sables, soldados aquí, en el santuario de las leyes! ¡Proscribase al dictador! ¡Abajo, abajo!» Una turba terrible envolvió al general, el cual fué derribado al suelo, y hubiera sido estrangulado ó asfixiado si sus granaderos, sable en mano no le hubieran sacado de allí y puesto en libertad. Allí se presentó tambien á las tropas de Murat, Luciano Bonaparte, que habia sido arrojado del sillón presidencial y del salon, excitando, sable en mano, á los soldados á que salvaran la libertad amenazada por asesinos, y apuntó su arma al pecho de su propio hermano, á quien dijo que hubiera dado muerte

si le hubiese creído capaz de cometer acto alguno contra la libertad. Entonces los granaderos invadieron el salon á tambor batiente y con las bayonetas caladas, y los diputados, despues de despojarse de las togas encarnadas, se precipitaron por todas las aberturas del edificio que podian proporcionarles salida. Despues de esta escena, el silencio reinó en Saint-Cloud.

Cuando los dos Consejos volvieron á reunirse á las once de la noche, se acordó, sin que nadie se opusiera á ello, dar un voto de gracias á Napoleon y á sus tropas, y se aprobó inmediatamente la ley de 19 brumario, en la cual se disponia convocar los Consejos para el 1.º ventoso, crear dos comisiones compuestas de veinticinco individuos cada una que tuvieran interinamente la representacion de aquellos, y confiar el poder ejecutivo á una comision consular provisional, formada por Sieyes, Roger-Ducos y Bonaparte. Este último tomó posesion del cargo en 20 brumario y aquel mismo dia se dirigió á Paris, al palacio del Luxemburgo, con lo cual quedó consumada la obra del 18 brumario.

(1) *Corresp.*, XXX, pág. 320.

(2) *Corresp.*, VI, pág. 3.

## ÉPOCA DE LA REVOLUCION FRANCESA DEL IMPERIO Y DE LA GUERRA DE LIBERACION

### PARTE SEGUNDA

#### LIBRO PRIMERO

##### EL CONSULADO Y EL IMPERIO

###### CAPITULO PRIMERO

###### NUEVA ORGANIZACION DEL ESTADO FRANCÉS

Al golpe de Estado de Napoleon siguió una nueva organizacion política que por la manera de ser llevada á cabo demostró cuán necesario habia sido aquel acto. Al vencedor del 9 de noviembre de 1799 se le presentaron los hombres y los sucesos como si no hubiesen esperado mas que el llamamiento fecundo que les hizo para tener conciencia de su mision y el brazo creador que impulsara la complicada máquina de sus grandes ideales (1). Diez años habian transcurrido desde que un folleto titulado «La voz del ciudadano» habia dicho con acento profético: «Pronto se alzará un hombre audaz, un Leveller decidido, que sobre las ruinas de vuestras antiguas formas levantará el edificio de una nueva constitucion. Hará un llamamiento á los ciudadanos, excitándoles á tener mas libertad y á gozar de mayor bienestar; pero tambien les dirá: — Para realizar mis propósitos me falta el poder omnímoto, todos mis pasos y vuestra felicidad están dificultados por pesadas formalidades; las continuas asambleas os quitan el tiempo para dedicaros á vuestra agricultura, á vuestro trabajo, á vuestro comercio. Destruyamos de un solo golpe todas estas dificultades; rompamos estos antiguos lazos que tienen encadenado á un poder, que solo debe existir para daros dicha, libertad y fuerza. La voluntad general pondrá todo el poder en sus manos (2).» El hombre que así se expresaba en abril de 1789 llamábase Lebrun y fué cónsul con Bonaparte y despues tesorero mayor del imperio.

A la siguiente tarde del 10 de noviembre de 1799 súpuse en Paris lo ocurrido en Saint-Cloud: á la luz de las antorchas leíase en las esquinas de las calles un manifiesto, en el

(1) El poeta Beranger dice en *Ma biographie* (Paris, 1858, pág. 70): «Bonaparte regresó de Egipto. Cuando se tuvo noticia de su inesperada llegada, encontrábame yo en nuestro gabinete de lectura con otras treinta personas. Todas se levantaron espontáneamente lanzando un grito de alegría. Otro tanto sucedió casi en toda la Francia, que se creyó salvada. Cuando tal efecto se produce sobre el pueblo, el que lo produce es su dueño: los sabios nada pueden. Al desembarcar Bonaparte en Frejus, era ya el emperador Napoleon.»

(2) Amadeo Edmundo Blanc: *Napoleon I, ses institutions civiles et administratives*, Paris, 1880, págs. 14-15.

cual Napoleon referia que desde su regreso se habia visto solicitado por todos los partidos y que habia preferido no entregarse á ninguno y seguir únicamente el consejo de los ancianos, pues en medio del descalabro de una constitucion quebrantada era preciso salvar la libertad, la igualdad y la propiedad, y explicaba además cómo habia tenido que luchar en Saint-Cloud por estos bienes contra unos cuantos conjurados armados en el Consejo de los Quinientos. En aquel documento se relataban, con mas fuerza dramática que verdad, la colision entre los granaderos y los «asesinos» y la definitiva expulsion de éstos, y al final se decia: «Franceses, reconoced en esta conducta el celo del soldado de la libertad, de un ciudadano adicto á la República. Las ideas conservadoras, protectoras y liberales han sido restituidas á su verdadero estado de derecho con la expulsion de los conjurados que oprimian á los Consejos y que por haberse hecho los mas odiosos entre los hombres, no han dejado de ser los mas despreciables de ellos.»

En la mañana del 11 de noviembre celebraron los tres cónsules provisionales (3) su primera sesion, demostrándose desde luego que de los tres hombres que se llamaban cónsules, solo uno lo era en realidad. Roger Ducos, que con su voto decidió la presidencia de uno de los otros dos, dijo á Napoleon al entrar en el gabinete: «Será inútil votar la presidencia, pues de derecho os corresponde.» Napoleon se sentó en el sillón presidencial, que tambien él consideraba como propiedad suya; Sieyes se sometió á ello, aunque con profundo disgusto. La sesion duró algunas horas. El pequeño general, á quien Sieyes creía aventajar extraordinariamente en todos los asuntos que no eran militares, expuso sobre política, hacienda, administracion de justicia, legislacion y sobre todos los ramos administrativos tantas y tales ideas, y supo apoyarlas y defenderlas con tal decision y energía, que Sieyes admirado se quedó sin saber qué decir, y por la tarde dijo á sus amigos Chazal, Talleyrand, Boulay, Roderer y Cabanis: «Señores míos, tenéis un soberano: Napoleon lo quiere todo, lo sabe todo y todo lo conoce. En la triste situacion en que nos encontramos, lo mejor será que nos sometamos en vez de promover excisiones, en las cuales nuestra derrota seria

(3) *Consuls provisoires*, en las *Œuvres de Nap. I à Sainte-Hélène*. *Corresp.*, XXX, págs. 324-326.